

El Baluarte

DIARIO REPUBLICANO

DIRECCION Y ADMINISTRACION
Lagar núm. 5.

NÚM. 71.

Sevilla.—Sábado 24 de Marzo de 1900

AÑO XXIV.

LO QUE SE PREPARA POR DENTRO Y POR FUERA

Los republicanos se agitan y preparan sus huesos para lanzarlos al campo así que el buen tiempo permita dormir al raso.

También hay quien dice que tienen puestos los puntos a una población fuerte, de la que no les será imposible apoderarse si el señor que domina al mundo se distribuye prodigamente entre los guardadores de la fortaleza.

Silvela se las cuenta muy felices y se promete un larguísimo período de dominación con el remiendo que se propone echar al ministerio y con la provisión de prebendas que se declararán vacantes. El trasiego de altos funcionarios de la administración central será muy grande para premiar servicios parlamentarios. También se anuncia una combinación militar, con la que cesará la interinidad de la jefatura del cuarto militar, pasando a este puesto el mismo que lo desempeñaba; y hay quien, por lo bajo, considera que uno de los cargos activos de la milicia será desempeñado por el general Weyler, con quien Silvela ha hecho las paces.

En reales alcázares se nota inusitado movimiento: se consultan opiniones científicas; se proyectan viajes; se activa la correspondencia con cierta potencia unida con vínculos de parentesco, y hasta se ha indicado ya la venida a Madrid del mensajero que ha de traer la resolución adoptada. El embajador de Austria visita muy a menudo a nuestro Ministro de Estado.

En fin; pronto hemos de conocer el diagnóstico, aunque no sea más que por el lado de la costa que se decida y el viaje de recreo. Se me olvidaba decir a ustedes que, aunque los doctores dicen que el enfermo está mejor, los estadistas estudian un artículo de la Constitución para ver la manera de prorrogar los poderes.

La Unión Nacional está dispuesta a realizar un acto importantísimo y de gran resonancia en la capital donde tienen su residencia los poderes públicos. Este acto puede ser un gran mitin, en el que, de seguro, no presentarán todavía al Sr. Moret, por lo que no reservan para cuando venga la crisis y sea llamado Sagasta, para que imponga las soluciones de la nueva agrupación. No lo queremos creer, pero hemos visto tales cosas, que no sólo extrañaría que Moret sea el unido con el óleo de los neutros. Los que presumen de bien informados, ya no se recatan en afirmar que la declaración amorosa ha sonado en los oídos del Ministro de Ultramar de los desastres nacionales, y que el desposorio parece cierto; pero, en fin, todavía no digan ustedes nada a nadie, no sea que se presente algún impedimento directamente que haga imposible el matrimonio, ó que le anule, caso de verificarse.

Los republicanos preparan su Manifiesto de Unión y la convocatoria a sus respectivas Asambleas, y esperan que se ha de recoger con gran entusiasmo por los correligionarios, y que el país lo ha de recibir como única esperanza de próxima redención.

Y para que nos alegráramos nosotros.

¿Es Francia nuestra amiga? ¿Nos mira el czar con simpatía? ¿Nos protege el kaiser? Inglaterra, ¿sale a los encuentros y deshace todas las combinaciones, amenazando siempre? ¿Quién tendrá la atención de contestar a nuestras preguntas?

En el interior todo son dudas, temores, vacilaciones, como si viviéramos en una interinidad infrecuente y estéril. De fuera soplan fuertes y fríos vendavales, que parecen amenazar la unidad, que se cuarteja y se llena de sendas.

Ni son augurios ni profecías, porque todo cuanto decimos se discute en público, y algo más, que también ha llegado hasta nosotros, de lo que no queremos dar cuenta, para que no se nos llame alarmistas; pero sí debemos vivir muy prevenidos.

A. A.

Nota del día

Otro luchador

Tiempo hace que llamaban la atención de los espíritus no avenidos con la farsa clerical los trabajos periodísticos que, en distintas publicaciones radicales, insertaba un *Gil Blas de Santallana*, diestro en el manejo de la pluma, enérgico en el ataque y razonador en las ideas.

En pocos meses hemos observado, con íntimo regocijo, cómo este *Gil Blas* armonizaba con arte y talento la lucha escrita y la lucha hablada.

Y en la hermosa región de Valencia, pródiga cual ninguna otra en exaltaciones de entusiasmos, y, cual ninguna otra también, plétórica de gérmenes de libertad y de progreso, un exortado por los dogmatismos anacrónicos de la roña católica, misionera como apostol de las nuevas ideas de pueblo en pueblo, y llena las columnas de los diarios con críticas que son notas de luz y voces de alerta para los adormecidos cerebros entregados a la frailería y al jesuitismo.

D. Ramón Sarmiento, firme en su obra santa de arrancar caretas a los comerciantes religiosos, acaba de tirar una estocada a fondo.

La prensa nos da cuenta del estreno de *La Marquesa*, y aunque concisamente, afirma que *«está escrita con gran galanura, es de un realismo admirable y el fondo es una terrible diatriba contra la Compañía de Jesús.»*

Para batir gente ensotada, que en el púlpito y en el confesonario y en las Compañías monopolizadoras nos roba hasta las pestañas llevándose nuestra tranquilidad, nuestras afecciones y nuestro dinero, ninguna diatriba sobra. Saludamos a Sarmiento como a otro luchador que, en unión de los más reputados, se empeña en esta ruda pero gloriosa labor.

Espantar de este pueblo desgraciado la sombra de la muerte, que se contonea provocativa ante nuestros ojos, representada por esa ola negra, con su cohorte de tradiciones que epugnan a la razón, y su racimo de pingajos intelectuales, que dejan en el cerebro pestilencia y microbios.

J. MARCIAL DORDO.

Murmuraciones

Madrid está de juerga permanente. En el teatro de la Princesa se representa con gran éxito *La juerga*.

En el Congreso, el Sr. Romero Robledo causó la hilaridad de todos los pades de la Patria en la última sesión, pronunciando un discurso jocoso y ejerciendo de maestro de labores. Llevóse a su pupitre tabaco en rama y tabaco picado, de contrabando, cristo allá en sus hermosas posesiones de Antequera, en las que no entrará la Guardia civil a destruir las plantaciones porque se lo tendrán prohibido, que aquí las leyes no se cumplen sino en abeja de contribuyente sin alabas. Lió pitillos, hizo cigarros, contó cuentos, demostró sus habilidades pitilleras... y la sesión fué una *juerga* tan grande, que hasta el Sr. Pidal, presidente de las Cortes y de la Sociedad de Expositores—ambas presidencias con muy buen sueldo—mó parte en el gracioso sainete.

Los marinos argentinos siguen de *juerga*, de banquete en banquete, sin soltar pindas de ninguna clase, sino únicamente:—Hablamos la misma lengua, tenemos la misma sang, pero... reñimos con ustedes por tiranos, bñidos y explotadores, y nos proclamamos enepública, recabando nuestra libertad.

¡Esto siempre es un consuelo! Los que nos desprecian, los que os humillan, los que no quieren nada, nada absolutamente con nosotros, vienen a visarnos y nos volvemos para ellos perros falderos.

Cuando abandonen nuestras costas seguirán, como hasta aquí, despreciándonos por gente inútil e incapaz. Ellos vienen aquí a cumplir la hotada misión que les ha encargado su gobierno, su gobierno republicano, que les ha dicho:—Id allá, y con vuestra diplomacia seriedad e ilustración, favoreced esa corriente engradora que nos llega. Decid que aquí hay trabajo, libertad, dinero, respeto, tierras que labrar para que hagamos una nación rica y florezca, como

digna hija de esta América, que es la aurora del porvenir. Y ellos vienen... y lo cumplen al pie de la letra.

Y se pronuncian brindis. Y dicen los españoles charlatanes que no sirven para nada bueno:—Brindamos por esa hermosa República que tiene sangre de nuestra sangre, huesos de nuestros huesos. (Y se la adjudican.)

Y brindan ellos:—Brindamos por la madre patria española, a la que queremos tanto, que nuestros padres la echaron de allí, y que nosotros, sus hijos, la echaríamos también si tratara de mandarnos allá sus frailes mujeriegos y sus políticos ladrones.

Y sigue la *juerga*... en el teatro, en la vida pública y política y en la vida social. El drama *La juerga* tenía que alcanzar éxito grandioso.

Ha llegado a la escena en punto de echar el arroz.

Hace frío; está lloviendo. La atmósfera está cargada, y los espíritus tristes, y las bolsas... como estaban. Esto no se regenera, ni florece ni adelanta; antes al contrario, creo que nos demuestra que atrasa.

¡Quién ha visto en primavera gastar abrigos y capas en la tierra de los Checas y demás alcaldes mandriados que no resisten el soplo de un estornudo que pasa haciendo un mohín tan solo y provocando las lágrimas!

El País de Madrid, en su número llegado hoy a Sevilla, le toma el pelo al cura de San Vicente de nuestra capital, y dice cosas graciosísimas. Vayan ustedes:—«Si el cura de San Vicente (la parroquia más productora y encopetada de la población) se hubiera domiciliado lejos de la tierra andaluza, tal vez habría hecho fortuna con sus gracias y a pesar de sus desgracias; en Sevilla, el infeliz carlo integrista se ve con dolor hecho un héroe de comedia bufa, la más divertida... para los guasones sevillanos.

¿Se lo merece? Seguramente por consagrarse más a sus dos aficiones dominantes que a los deberes del ministerio parroquial, que solamente le sirve de ocasión y parraquia para desarrollar sus instintos mangoneros y amorosos.»

El sastrero encargado de hacer este terno se ve que conoce el paño. Y... ese melón no ha salido de ese serón. Quiero decir el sastrero ese es paisano mío, sí, sin duda; las señas son mortales, y las medidas están muy bien tomadas.

Sigamos con el cura de San Vicente:—«Limpiarse los dientes postizos, aditamento indispensable de su sienta jacarandosa para hacer conquistas, le ocupa más que asear el templo.

Y, es claro, hecho ya personaje bufo, la han tomado con él, y el número de sus aventuras iguala al de sus descabridos ruidosísimos, el de pretensiones al de mezquindades ridículas, y el de intenciones al de motes de ellas conmemorativas.

En el campo de la avaricia no consiguió el pobre hacerse rico, ni con la exigua herencia de una profesora de piano, ni con el dinero de cierta viuda, ni con el de cierta manda para restaurar la parroquia.

En el terreno de Cupido los fracasos aún son mayores. Un día recibe en perfumado billete misteriosa cita para la plaza de San Francisco, donde debía esperar metido en un coche... Elige el hombre un simón, cuyo caballo era blanco, y espera que te espere a la bella incógnita, pasea que te pasea... lo descubren, y desde entonces le llaman *blancote*.

De modo que ¿de... eso viene lo de *blancote*? Pero ¿habéis visto qué varonestan santos hay en esta santísima ciudad? De esta ahi es fervor religioso que profesan nuestras damas linajudas.

¡Si las iglesias en Sevilla están convertidas en Agencias matrimoniales y... lo otro! Así oye usted a las damas, y a los *damos*, y no les oír nunca alabar esta ó la otra efigie, este ó el otro milagro; sino que dicen:—¡Qué padre... el padre Tall! ¡Qué finol! ¡Qué maneras tan distinguidas! ¡Qué manos! ¡Qué lengual!

En Málaga ha producido hondísima sensación la noticia de que ha muerto

de hambre, ó de inanición, un maestro de una escuela de España... No me lo explico; y me dirijo al colega que lo dice, y le suplico que aclare esa sensación hondísima que ha causado. Diga usted: ¿A sus maestros, á todos habéis pagado? Porque, si mal no recuerdo, Málaga es la ciudad que le debe á sus maestros una fuerte cantidad. —¡Son los pueblos! ¡La provincial! —¡Tanto da, caballeros! ¡Cuando se debe al casero no hay que hacer esos pinitos!

¡Vole ahí! ¡Vaya un voto de calidad que da *El País* en favor de lo que yo siento respecto a los entusiasmos con los marinos argentinos!

«La monarquía fué siempre la explotadora implacable de América. Con leyes absurdas, con un sistema colonial y comercial estúpido, con la insaciable explotación de aquellos países entregados a hordes de frailes y ávidas soldadescas, hizo odioso el nombre español en las Indias occidentales.

Aisló la monarquía española á América del movimiento universal, embruteciéndola con un régimen de aislamiento del que aún toca las consecuencias, con su atraso, sus agitadas y anárquicas repúblicas, sus pronunciamientos crónicos, su escasa población, su insuficiente cultura, su fanatismo católico y su inferioridad manifiesta enfrente del norte sajón, á tiempo emancipado de la monarquía inglesa, que trataba de imitar el despotismo de la monarquía española. Somos hermanos, sí, por el origen, por la raza, por la lengua; pero nuestras embrutecedoras instituciones han tenido la habilidad de convertirnos en enemigos.»

—¡Y lo que no puede ser, no puede ser! —que dicen los que, teniendo buen sentido, disponen de pocas palabras. Y sigue diciendo el colega:

«No se dejen engañar por las manifestaciones oficiales de afecto, por los banquetes indigestos, los discursos necios de alcades, los saludos cariñosos de la prensa monárquica. Es posible que haya en el fondo de todo ello, entre otras compensaciones, el pescar una subvención para Comillas y su Transatlántica, ó ensanchar la esfera de nuestra Tabacalera, y demás instituciones económicas monárquicas, que encuentran estrecho el horizonte de la Península y tienden sus redes por las Repúblicas americanas.

No esperen tendencias á tratados de comercio, á tratados literarios, á nada que estreche relaciones entre los ciudadanos de América y de España. Sólo se intentará estrechar relaciones, más que entre los pueblos, entre los gobiernos.

Los republicanos de América y los monárquicos de España son incompatibles.»

¡Ya se ve! Digo, ya se está viendo. Pero como aquí se aceptan todos los motivos para distraer la atención pública, ese es el que ahora se nos ha presentado, y se aprovecha.

¡Y vengan *juergas*, y mientras dure, dure!

Dice *El Globo* de hoy: «Ha llegado á Madrid, procedente de la capital de Francia, nuestro distinguido amigo el señor marqués de Paradas.»

Aviso á los sables sevillanos ¡En guardia... que está al llegar!

¡Horror! ¡Horror!

«En Montillas, pueblo de la provincia de Segovia, un sastrero apodado *Potoco* mató á un hijo del alcalde y á un tío de éste, disparándoles tiros de revólver.

Luego disparó también sobre un hijastro del alcalde, que por fortuna salió ileso.»

Y, después... parece que se dirigió el sastrero á los curiosos diciéndoles:—¡Quién quiere más ternos, que se acaban!

CARRASQUILLA.

¡Oid á un inglés!

«Señor general Warren! Acababa de terminar el terrible combate de Spion Kop, cuando dísteis la orden á varios hombres de acompañarme en medio de los heridos para recoger nuestros muertos y heridos, cuyo número no sabrá nunca nadie. El general boer Botha, habiéndome apercebido, me preguntó que quién me había autorizado á venir en busca de los heridos ingleses.

Yo le contesté que sus *field cornets* me habían otorgado ese permiso.

—Tengo el mando supremo—me dijo el anciano Botha—y no he dado ninguna autorización. Tendría yo mil motivos para no devolverles sus moribundos y sus muertos. He visto una carta de uno de vuestros médicos, en la cual se atreve á decir que nosotros, los boërs, faltamos á la humanidad. Semejantes infamias me hacen saltar de indignación, y envenenan inútilmente el conflicto. Nosotros no deseamos más que una cosa: es que después de cada batalla, los beligerantes se traten recíprocamente de una manera cristiana. Por desgracia, en varias circunstancias, no hemos conocido esa reciprocidad. Habéis retenido prisionero á nuestro general Koch, herido; lo habéis dejado morir sin asistencia. Lord Methuen ha hecho prisioneros á cuatro de mis médicos, mandándolos á Captown con ambulancias robadas. Al cabo de cinco días habéis dejado en libertad á mis médicos, pero habéis conservado las ambulancias robadas. El general Kekevithe ha rehusado reconocer á la Cruz Roja de Ginebra, usada por nosotros. En Actom Homes nos habéis rehusado la devolución de 25 heridos. ¿Es eso cristiano? ¿Debería yo autorizaros á recoger vuestros muertos? Decid al general Warren que queremos la igualdad para los dos ejércitos.

Contesté al general Botha que yo no era competente para discutir todos los ejemplos que me acababa de citar, y que os haría conocer su respuesta.

Entonces me dijo el general boër: —Eso, decidlo más tarde. Recoged vuestros heridos; necesitan de cuidados; quiero que Europa vea que si sois superiores en número, no lo sois en sentimientos humanitarios. Warren tiene lugar de escuchar mis quejas, pero para estos pobres heridos el tiempo es precioso. Decid á Warren me mande una noticia de los boërs que tiene prisioneros; los parientes de esos valientes están inquietos; yo deseo informarlos de la suerte de los suyos. En cambio, yo me comprometo á darle todos los informes é indicaciones que pueda desear de mí sobre la suerte de los numerosos prisioneros ingleses que tengo en mi poder. Ahora, id á recoger vuestros heridos y enterrar vuestros muertos; yo pongo mis ambulancias á vuestra disposición, con tal que las devolváis.

Al decir estas palabras, el general Botha me tendió su ancha mano, que estreché con respeto, y entró en su tienda de campaña.

Hasta la noche bien entrada estuve con mis hombres recogiendo nuestros heridos y enterrando á nuestros muertos. Los boërs fueron para con nosotros de una severidad admirable, nos ayudaron en nuestra lúgubre faena. Hablé con muchos de ellos, y su lenguaje me ha fuertemente impresionado. Hablaban sencillamente, y no se vanagloriaban de su gran victoria. Después de un éxito tal, otros hombres se hubieran hallado en un estado de exaltación extraordinario. Los boërs no salieron un momento de su calma. Ni una palabra fué pronunciada por ellos que pudiera haber sido interpretada por el más susceptible de nosotros, como queriendo afirmar una superioridad cualquiera. Al contrario; manifestaban una tristeza real al ver el estado lamentable de nuestros heridos, y los enormes montones de cadáveres que apilábamos, mientras otros hacían hoyas para enterrarlos. He oído más de cien veces las siguientes exclamaciones proferidas por los boërs: —¡Desgraciados, que Dios haya sus alma!—Yo quisiera que estuvieran aquí los políticos para que vieran su obra. ¿Qué debe pensar Dios al ver todo esto?

Esta guerra es absurda y aborrecible; cada día rogamos á Dios que la haga cesar. No es nuestra guerra la que hacemos: es la delos millonarios. No teníamos ninguna enemistad contra todos estos pobres desgraciados cuyos cadáveres vemos aquí amontonados, y cuyas madres, mujeres é hijos, llorarán su infructuosa muerte y nos maldecirán á nosotros en lugar de maldecir á Chamberlain, á Salisbury, á Cecil Rhodes y otros malos hombres, plaga de la humanidad. A esos se les debía traer aquí para que á la vista de este espectáculo sus mismas conciencias les ahogasen, etc., etc.

Tales son, mi general, las palabras que he recogido de boca del general Botha y de sus soldados.

Tengo el honor de ser, etc., etc.,

REGINALD F. COLLIND.

Capellán de la 5.ª división de las fuerzas del Natal.—Jueves 1.º de Marzo 1900.—(National del 2 de Marzo 1900.)

¡Es un respetable inglés (los hay, aunque claros) el que esas cosas cuenta! Figúrese el lector lo que estamos en derecho de decir nosotros... ¡Y pensar!...

Agobiados estamos bajo las pesadumbres de esos pobres boërs, pero aún *colea* la esperanza de que han de pagar caro á la vieja ambiciosa su conquista.

ADOLFO VASSEUR CARRIER.

La fiesta del árbol

La denominada Fiesta del árbol que para solaz de la juventud onubense dispone celebrar la Cámara Agrícola oficial de la provincia, iniciadora de la idea, y las Corporaciones administrativas de esta localidad, auxiliándolas á sufragar sus gastos, es digna de figurar, no sólo como motivo de general regocijo, en los programas de festejos públicos, sino como medio educativo de las nuevas generaciones, desarrollando en ellas de una manera más práctica y positiva, que hasta hoy, el sentido de lo útil, tan poco

cultivado en nosotros, así como el amor al trabajo y al ahorro, la obediencia al principio de autoridad y el respeto al derecho de todos los hombres que constituyen el fundamento firmísimo de los pueblos cristianos y libres, á diferencia de los incivilizados, que carecen de tan saludables reglas de justicia, que no son las que moral y materialmente engrandecen á las naciones.

Más para que el festival proyectado resulte todo lo brillante y expansivo que es de desear, y que el caso requiere, ha de revestir naturalmente el doble carácter de *civil* y de *popular*, á fin de que cuantas personas y corporaciones se hallen en condiciones de asistir, puedan realizarlo libremente, sin temor á sufrir molestias ni menos á causarlas, con actos que repugnen á sus creencias ortodoxas ó heterodoxas; lo que, además de conformar con la letra y espíritu de nuestras leyes, se halla muy en armonía con las conveniencias sociales y las buenas formas que han de caracterizar siempre á los encargados de educar y dirigir á los pueblos, cualesquiera que sea la religión que profesen sus gobernantes y gobernados.

Lo contrario de esto sería, á más de abusivo é inconveniente, hasta falto de caridad para un gran número de niños, que, con dolorosa indignación, verían conculcado su más preciado derecho á formar parte de esa manifestación de común alegría, que debe unirlos con los demás escolares, que muy bien podrán ser sus propios parientes y amigos, como son en la mayoría sus mismos paisanos, desterrando de este modo viejas costumbres y sufriendo irritantes privilegios, que en ocasiones como ésta no tienen razón de ser, ni hay nadie ni nada que desapasionadamente lo justifique.

Además, ¿no es muy posible que con la nueva clasificación de *elegidos* y *reprobados*, ó lo que es lo mismo, *invitados* y *desairados*, se susciten antagonismos entre maestros de diferentes clases, y lo que es peor, entre escuelas de distintas comuniones, que perjudicarían tanto á la sana moral de sus educandos como al buen nombre de los establecimientos de enseñanza, que jamás debieran convertirse en planteles de facciosos?

Seguramente que, si bien se considera este asunto, es muy fácil deducir: que ni la ilustre capital de Huelva, ni el respetable cuerpo de profesores oficiales, que se distinguen por sus elevadas ideas, ni los jóvenes alumnos gozarían nada en el concepto del público sensato, que piensa por cuenta propia, excluyendo ciertos elementos que, en el presente caso, no pueden ser eliminados sin cometerse una enorme *arbitrariedad*, por considerarse los colegios particulares, y sus profesores respectivos, con perfecta igualdad de derecho que los oficiales á tomar parte activa en una fiesta que, por ser costeadada por el pueblo, debe ser de *todos* y *para todos* los que en cualquier grado contribuyan al progreso intelectual de esta honrada población, á cuyo buen juicio apelamos.

Ahora bien; para que esta planta boreal, procedente de las selvas escandinavas, se aclimate en las regiones del abrasador estío, es menester que el pueblo la preste su valioso concurso y simpatías, considerándola, más que como alegre y animado espectáculo, como el sagrado símbolo del trabajo y de la producción nacional agrícola, fuentes de inagotables riquezas en todos los países bien administrados, según lo comprueban los siguientes datos, que de Stockolmo telegrafaron á París el 12 de Enero de 1899:

«El Municipio de Orsa, distrito de treinta y dos pueblos y aldeas, en la provincia de Delectaria (Suecia), acaba de entregar á cada familia una suma regular en metálico. Por la buena administración del distrito, no sólo los habitantes no pagan contribución de ninguna clase, sino que á cada balance anual se les gratifica con una renta municipal. Caminos y carreteras excelentes cruzan el radio de este distrito. Cada habitante tiene gratis el teléfono en su casa. Las escuelas son también gratis. Su material es el más moderno, y sus profesores los mejor ilustrados y pagados.

De sus selvas, que administra nacionalmente, aumentándolas siempre con nuevas plantaciones, saca todos los años 17.000.000 de pesetas.»

A cuyas interesantísimas noticias añadía el periódico que las reprodujo esta sentida exclamación:

«¡Quién fuera sueco!»

ANTONIO JIMÉNEZ.

De actualidad

ROMERO Y EL TABACO

EN EL CONGRESO

Durante las primeras preguntas de interés local, entra un portero y deja al lado del asiento de Romero una bandeja con varios paquetes. (Risas y expectación.)

Romero levántase y pide á Villaverde que suspenda los ensayos del cultivo del tabaco, pues va á demostrar que se cultiva de excelente calidad.

Comienza á desenvolver un paquete. (Grandes risas.)

Sigue Romero diciendo que esto es oratoria plástica moderna.

Enseña un paquete de tripas de puro, otro de capa y otro de picadura.

Regálase á Villaverde para que lo mande elaborar si conviniere la calidad del tabaco.

Enseña un mazo de puros finos, para Silvela. Puede regalarlo á los periodistas que mejor definan el programa de la política modernista.

Cuatro para Pidal y tres para Villaverde. Ofrece además pitillos para los diputados de la mayoría.

Esto es de contrabando. No diré de dónde proceden, para evitar la persecución. (Grandes risas).

DECOMISO

Villaverde reclama todas las muestras exhibidas.

Declara que quedan decomisadas y formará expediente de defraudación.

Respecto al cultivo del tabaco dice que lo estudia.

OTRA VEZ ROMERO

Rectifica Romero diciendo que se había olvidado de las energías trágicas del ministro.

—Despójome de la inmunidad para evitar que se procese al portero que me ha traído las muestras. (Risas.)

Lamento que sean decomisadas. Rectifican ambos y termina el incidente.

SUCESOS EN BARCELONA

En Barcelona los estudiantes, á la entrada y salida de las clases de la Universidad, cantaron la *Marsellesa* y los *Segadores*.

Atravesaron las Ramblas, dirigiéndose á la Facultad de Medicina cantando.

Intimidados á disolverse resistieron. La benemérita dispersólos.

El gobernador telegrafía afirmando que el suceso ha carecido de importancia.

Dicen de Barcelona que á las puertas del Liceo esperaba al estandarte del *Orfeón* muchedumbre inmensa: éste no salió.

El público desparramóse por las Ramblas cantando «Los segadores» é invadió los cafés y cervecerías, comentando el suceso.

Se han fijado carteles anunciando el levantamiento del embargo del *Orfeón*, llenos de sellos catalanistas.

Es objeto de animados comentarios la debilidad del Gobierno y autoridades de Barcelona en los sucesos de anoche.

Censúrase que el gobernador levantara el embargo del estandarte del *Orfeón* en virtud de amenazas de desórdenes.

Coméntase el acuerdo del Capitán general prohibiendo á los militares asistir al concierto.

Estas medidas, dicen, dieron un triunfo moral á los catalanistas que anoche hicieron ostentosa manifestación de fuerzas.

El baile y la novena

CUENTO

—Miren ustedes—nos decía la marquesa después de un almuerzo suculento que habíamos saboreado en la *score* del jardín—yo á mis hijas las dejé cierta libertad, pues estoy convencida de que la libertad prudente es mejor guardadora de las muchachas que todas las precauciones. Y esto o sé por experiencia propia.

—¡Ees, ¿cómo?—dijo no sé quién.

—Es lo que van ustedes á oír.

Mi madre me tuvo siempre sumamente sujeta y enerrada. Raras veces me llevaba al teatro, y eo después de haber preguntado á alguna persona que la mereciera entero crédito si en las inciones que habíamos de ver le atentaba en lo más mínimo á la moral y las costumbres.

A liles y reuniones no me llevaba nunca, pues decía que eran verdaderas invenciones del demonio para pervertir á la juventud.

Nuestras salidas de casa eran casi siempre para ir la iglesia. ¡Me dí un atracón de novenas, trinos y solemnidades!

Sobre todo no perdíamos ninguno de los sermones que predicaban los jesuitas. Yo me aburría soberanamente, pues siempre he respetado la religión; pero no he podido con esas oraciones que se hacen á coro, con voz de nariz y á compás.

Los sermones de los jesuitas, que á mi madre la entusiasaban, por más de que frecuentemente, al terminarse, la tenía que despertar para irnos á casa, á mí me parecían un conjunto de vulgaridades y anatismos.

Mucas veces me pregunté entonces:—¿Por qué tenían estos padres fama de sabios é inteligentes siendo tan vulgarotes é ignorantes?

¡Si eran ustedes qué sermones tuve que soportar! El milagro que hizo San Roque, logrando que no se acabara nunca el vino de una tinaja; el e San Blas, haciendo que un mudo pronunciara discurso lleno de verbosidad y de elocuencia; y cosas por el estilo.

En ao llegaron á Madrid unas primas más de Sevil, que no venían más que á divertirse, y paraban en casa.

¡Figúense ustedes qué conflicto para mi madre!

Es e advertir que ya entonces tenía yo relaciones con Carlos.

Passamos los grandes ratos para escribirnos y hablarlos. Carlos estaba furioso con la intransigencia de mi madre y su sistemática y decidi-

da oposición á que yo tuviera novio á pesar de haber cumplido los veinticinco años.

Habíamos pensado muchas veces en escaparnos, pero á mi me detenía el temor al qué dirán y á disgustar á aquella pobre señora, buenísima aunque equivocada.

Llegaron, pues, las primas, y lo primero de que hablaron fué de ir á un baile de máscaras que daba en el Real la Asociación de escritores y Artistas.

—Hay que ir á todo trance—decían ellas—y Pepita tiene que venir con nosotras.

Mi madre, que se moría por hacerse agradable á todo el mundo, y que, á fuer de aristócrata antigua, respetaba mucho los deberes de la hospitalidad, no se opuso tanto como yo esperaba, y empecé á confiar en que por fin vería el baile del Real.

Así fué, en efecto. Nos pusimos unos pañuelos de Manila; unas grandes cofias de limón en la cabeza y nos fuimos allá, acompañadas, por supuesto, de mi madre y dos tíos míos, personas respetabilísimas.

Carlos, avisado por mí del disfraz que llevábamos, se acercó á hablarnos, pero sólo pudo hacerlo de refilón durante brevísimos momentos.

Total: que me aburrí soberanamente, y yo mismo dí la señal de retirada.

Tenía un sueño horrible.

Carlos tenía un empeño loco en que usáramos algún recurso extremo para casarnos. Decía que debíamos apelar á la fuga para que la misma intransigencia religiosa de mi madre impusiera la boda.

Mis primas quisieron asistir también á algunas funciones religiosas. Llegó la novena de San José y los jesuitas echaron el resto en luces, arañas, flores y colgaduras.

Todo el Madrid elegante asistía por las tardes á la iglesia de los padres de la Compañía. Las aperturas para entrar y salir eran espantosas.

Una tarde, Carlos, que había estado á mi lado durante toda la novena, se acercó á mi oído á la salida y me dijo: «Es necesario decidirse; no podemos vivir así; si no accedes, me pego un tiro, me voy á América, ¡qué se yo!»

Esto me lo había dicho muchas veces; pero entonces me lo dijo mientras la gente le estrechaba conmigo; percibía su aliento en mi cara; me sentía identificada con él; me daba cuenta como nunca de lo que le quería, de que no podía vivir sin él. No sé lo que pasó por mí; lo que sí sé es que dije á Carlos: «A las dos de la mañana en la puerta de mi jardín.»

Llegamos á la calle. En mí seguía la embriaguez que me había causado aquel abrazo que nos habían impuesto contra mi voluntad los devotos de San José.

Para terminar. Aquella noche me escapé de mi casa. Las cosas sucedieron como habíamos previsto. Llegó el momento del perdón, vino la boda y mi madre me decía después muchas veces cuando le conté con franqueza lo ocurrido: «Mira, lleva á tus hijas cuando quieras al baile; pero ten mucho cuidado con las novenas.»

Calló la marquesa y yo pensaba: «Ahí tienen ustedes una narración histórica que parece un cuento impío y demagogo.»

GIL BLAS DE SANTALLANA.

Matando la leyenda

CASI POEMA EN SONETOS

XII

En posesión pacífica el cristiano de las verdes astúricas regiones, hace en las colindantes excursiones librándolas del yugo mahometano.

El padre deja al hijo soberano, pasan del hijo al nieto los pendones, y los moros, ignora las razones, dan en estarse mano sobre mano.

Adefecuis, el terrible, al ver que el hambre hace emigrar los moros á bandadas, de la arábica red corta el estambre, y se empeña en *algaras* ó *algaradas*, conquistando—comida un tanto fiambre—unas cuantas ciudades... despobladas. (1)

XIII

Al terrible *Adefecuis* sucede *Fruela*, que muere en un motín escangallado, y *Aurelio* paz disfruta en su reinado sin que la guerra su heredero huela.

Mauregato—según alguien recela, de moro y de cristiano entrevetrado— como autor aparece de un tratado que si un tiempo coló, hoy ya no cuele.

Tratado que á cualquiera hace que bote de indignación y de vergüenza lleno desde los piés, lector, hasta el cogote.

¿Que es un *infundio* de Mariana? ¡Buena! pero me da pretexto á ese estrambote, que es de mi propiedad si no es ajeno.

Después de darse un verde en un centeno, diz la Historia que el débil *Mauregato*

(1) Tuy, Astorga y otras de las existentes entre Astorga y León. (Dozy, *Recherches*, t. 1.º, páginas 133 á 138.)